

Una carta literaria

Villa Alemana, mayo de 1938.

... tengo para mí que eso que llaman telepatía, y de que tanto hablan los teósofos, debe de andar mezclada desde hace tiempo entre nosotros.

Dígame si no tengo razón: el otro día amanecí con la comezón de escribirle, y me puse a borrar unas cuartillas que luego confíe a un sobre, en el que puse encima su nombre y las señas de su casa. En esas estaba, cuando me llegó una carta de L. en la cual me hablaba de Eugenio Montes y me transcribía, entre otras, la opinión que a usted le había merecido. Respondíle yo en seguida, expresándole, a mi turno, la mía. Poco más tarde, en la noche, me entregaron su carta de usted, destinada, como ahí dice, a participarme la impresión que le había dejado el escritor español. Sin ponernos de acuerdo, a los dos se nos había ocurrido escribir, casi a un tiempo, sobre el mismo tema, en forma que nos permitía confrontar nuestras respectivas opiniones.

Pero no paran aquí las coincidencias. Días después estuvo Max a verme. Le hablé de su artículo acerca del libro de Subercaseaux, artículo que él ya conocía. Leílo yo otra vez —ahora en voz alta— y ambos lo celebramos mucho y lo comentamos detalladamente.

Al siguiente día, desperté con la idea de escribirle sobre el artículo. Mientras me afeitaba se me agolpaban en la cabeza muchas cosas que pensé decirle y que de seguro no acu-

dirán ahora al llamado de la péñola. Abro luego «La Nación», por la parte del suplemento dominical, y ¡que veo!: párrafos de mi carta a L. puestos entre comillas, y antes y después de ellos una líneas tuyas, con palabras muy amables, muy benévolas y muy honrosas para mí. Usted va a sonreír de mi puerilidad, pero créame, fué una emoción distinta de las que había experimentado hasta hoy, y en la que se mezclaban la sorpresa, el halago y la gratitud.

Por cierto que hizo usted muy bien en omitir mi nombre en esta ocasión. Aparte de que no merecía la pena, hay allí frases que llevando al pie una firma desconocida, habrían tomado un aire de ridícula petulancia al aparecer estampadas en letras de molde; verbigracia, eso de decir crudamente, de rondón: no soy esto, ni aquello, ni lo de más allá. ¡Cómo si al público fuera a importarle algo lo que pudiese ser yo!

Además, es de mal gusto. Parecerá a muchos una declaración de principios, y yo tengo horror a las declaraciones de ese género. Puede hacer creer, por otra parte, que pertenezco al bando que sustenta las ideas contrarias a aquéllas que yo confieso no profesar, cosa que todavía estaría más lejos de la verdad.

.....

GLOSA A UNA GLOSA

Pero basta ya de literatura política. Es tiempo de que hablemos de la otra, de aquélla que no aspira a convencer ni a remover, sino a conmover y deleitar. Su glosa en torno al *Niño de lluvia*, de Subercaseaux, pertenece a esta categoría y logró su objeto cumplidamente en la persona de este humilde «ciudadano honorario de Villa Alemana».

¿Y cómo no iba a ser así? La existencia del tipo psicológico que toma cuerpo en el libro de Subercaseaux, constituía para mí, desde hace tiempo, una aguda preocupación del espíritu; y en su artículo nos ha dado usted de él, al par que una explicación razonada, una bella interpretación poética. Entre el libro, la glosa y el lector de la glosa había, pues, una concatenación de causas y efectos, una irradiación de ondas concéntricas que lo explica todo, incluso el que, venciendo mi natural desconfianza, me haya puesto yo a pergeñar las apostillas que vienen en seguida. Y al grano, de una vez.

Dice Subercaseaux que los niños de lluvia «nacen preocupados». Tal vez convendría añadir que andan preocupados, porque viven ensimismados, lo cual viene a ser pre-ocupados en sí mismos y no en el mundo exterior, cuando éste no es ya una mera prolongación de su propia e inalienable intimidad.

«Los niños de lluvia, comenta usted, serían los más felices de la tierra si no existieran también los niños de sol. La diferencia entre ellos crea el drama».

Cierto, muy cierto; hay un drama en esta convivencia, o más bien dicho en esta coexistencia de dos grupos de seres pertenecientes a faunas antagónicas. No importa que Daniel, el niño de lluvia de Subercaseaux, se sepa superior, «como generalmente se saben los niños de lluvia, a quienes pertenece el reino interior»; no importa que «de ese dominio secreto, oscuro, cerrado», broten, sordamente, «la poesía y la complacencia profunda». Entre los rasgos distintivos de esos habitantes del reino interior, cuéntanse la codicia ilimitada de horizontes y la apetencia inmoderada de experiencias. Ellos querrían dominar también los reinos exteriores, abatir las fronteras; ser niños de lluvia y ser de sol; soñar, cavilar, atisbar silenciosos el contorno, desde la penumbra del rincón; y puestos en vena de retozo, dar suelta al trompo—irisado danzarán—sin que la cuerda se enrede y la peonza agudamente apustada vuelva a la mano que imprimió el movimiento, la golpee y la hiera.

¡Cuántas amarguras, cuántas lágrimas, cuántos fracasos cuesta al niño de lluvia este demente afán por abarcar los dominios del niño de sol! Olvida que para lograrlo tendría que renunciar a su ser específico e individual, a lo que constituye su originalidad, su necesidad y su orgullo, a «cette inimitable saveur que tu ne trouves qu'a toimeme» (1).

Ilusión muy antigua y muy frecuente, que hizo caer al primer hombre y con él a la especie entera. Adán era dueño del Paraíso terrenal y quiso anexar a éste el paraíso ultraterreno. Y por intentarlo perdió el primero y estuvo a punto de perder el segundo, para él y sus descendientes.

Mas Adán fué, bien mirado, un caso inverso del que me ocupa. Era niño de sol y quiso ser niño de lluvia, de la clase soberbia, estilo Prometeo. Caso raro, pero que no deja de suceder. Ilusión inofensiva, pero no del todo exenta de peligros. Luchador ha habido que perdió en el estadio preciadas recompensas, por pasarse la noche en vela sobre la *Crítica de la razón pura*; como el bachiller en filosofía; y sé de un panzudo mercader que ha estado a punto de malbaratar sus existencias en pública almoneda, porque un día tuvo el antojo de ponerse a rimar endecasílabos, a imitación del pálido estudiante de la buhardilla. Y ni el gladiador aprendió a pensar, ni el mercader ganó el laurel de Apolo.

Insisto, sin embargo: no son muchos los niños de sol que se dejan seducir por tales añagazas y fantasías. La hartura, la conformidad están en su esencia diferencial, como el hambre y la inquietud en la de los otros. Ahitos, satisfechos con su pingüe y opípara sustentación, miran con lástima, con desdén o con ironía al pobre niño ensimismado que se alimenta de viandas tan sutiles como la luz dorada y el plenilunio.

(1) Valéry: *Ebauche d'un serpent*.

Pourtant, sous la tutelle invisible d'un ange,
L'enfant desherité s'enivre de soleil,
Et dans tout ce qu'il boit et dans tout ce qu'il mange
Retrouve l'ambrosie et le nectar vermeil. (1)

El niño pluviofilo crece y vive en íntima soledad. Hemos visto que no puede entenderse con los niños heliófilos. No es esta, empero, su mayor tragedia, ni la razón única de su incomunicación. La verdad es que tampoco puede entenderse con los demás niños de lluvia, ya porque no los reconoce cuando pasa a su vera, preocupado y ensimismado, ya porque la atmósfera particular que emana de cada uno establece entre él y los otros, en virtud de la hipersensibilidad que les es común, violentas oposiciones de clima.

Nada más natural también. He dicho muchas veces que vive ensimismado, y el ensimismado se siente solo y se siente único en su soledad. Un inmenso niño de lluvia, niño de lluvia torrencial y de tormenta, aquel «celestes Edgardo» perdido en el infierno de Yanquilandia, lo explicó y lo cantó por todos los demás, aun por los más frágiles niños de llovizna (2). Soledad rumorosa: fuente de poesía y de complacencia profunda, fuente de angustia y de infortunio.

(1) Baudelaire, «Bénédiction».

(2) En efecto en uno de sus poemas más significativos y más bellos, para mi gusto, el intitulado *Alone*, dice Edgar Allan Poe:

From childhood'hour I have not been
As others were, I have not seen
As others saw, I could not bring
My passions from a common spring.
From de same source I have not taken
My sorrow; I could not awaken
My heart to joy at the same tone;
And all I loved, I loved alone.

Pero hay todavía más. Al niño ensimismado, el hada torva que le visitara en la cuna —hada madrastra y no madrina— asignóle un destino tremendo: no poder renunciar a su niñez precita (1). Destino tremendo, en verdad, porque más tarde tendrá que vivir y desenvolverse entre adultos, y los adultos exigirán de él, obtusamente, acciones y sentimientos de adulto. El niño —terco, mohino— resistirá al principio; la vida —dura, obstinada— acabará por quebrantar su resistencia, forzándole a seguir el rebaño por el monte poblado de bestias feroces, sierpes y alimañas.

Acallando la discorde algarabía de sus nervios inquietos y de sus deseos rebeldes, el hombre párvulo seguirá el sendero abrupto, serena la mirada, firme el paso, revestido de madurez. Pero un día entre los días un obstáculo grande o un tropiezo mezquino le arrancarán sin remedio el gesto pueril del niño latente, vivo siempre en lo hondo, redivivo ahora en la periferia del ser y del acaecer. Y entonces será la deso-

The —in my chieldhood, in the the dawn
Of a most stormy life— was drawn
From every deptti of good and ill
The mystery which binels me still.

Confesión individual que encierra una confesión genérica, si así puede decirse; explicación bella, cabal y pertinente.

(1) «El destino horrible y sublime de Baudelaire, de Verlaine, de Rámbaud —dice François Mauriac— reside en el don espantoso de no poder envejecer. En torno de su alma adolescente y llena de deseos, sólo el cuerpo se deshacía». (Le Jeune Homme, pág. 32).

Y cuida bien de agregar más adelante: «¿Seres de excepción monstruos? No hay tales monstruos; nosotros no somos tan diferentes de ellos. A muchos de nosotros propone el destino el mismo enigma que estos tristes hermanos. En el momento de alcanzar aquella edad que se encuentra en el medio de la vida, esta sola pregunta encierra para nosotros todas las demás: ¿qué haremos del joven que fuimos un tiempo? Yo estaba equivocado al acordar sólo a los seres de genio este don de la juventud inmarcesible». (Ibid. págs. 57-58).

lación, la orfandad irreparable, el alzar en la noche las manos implorativas en demanda de las amadas sombras tutelares, robadas por la muerte.

Dando al aire su angustia, grita ahogada por los sollozos, la voz de Carlos Mondaca:

¡Yo no sé, madre, no sé nada!
Yo sólo sé que tú no estás...
.....
Yo no sé donde está el camino.
Voy, aterrado de vivir,
buscando a tientas un destino
que no consigo definir (1).

Y le responde como un eco débil, temblorosa, pero distinta, la voz de Magallanes Moure, agujereando las tinieblas cruzadas de relámpagos:

Me siento como un niño
extraviado en la fiesta.
¿Dónde estás, madre mía?
No eres ésa ni ésta,

(1) El anhelo de volver a la infancia, devorada por las aguas del tiempo, pero cuyo tañido de campana sigue llamándonos desde el fondo, como los rumores que emergen de la catedral sumergida —aplicando aquí la hermosa imagen de Renan— ha encontrado expresión en otro poema del mismo Mondaca, *Cansancio*, al cual pertenece esta estrofa:

Quien pudiera dormirse como se duerme un niño,
sonreír entre sueños al sueño del dolor
y soñar con amigos y soñar el cariño,
y hundirse, poco a poco, en un sueño mayor.

Tema atrayente, por cierto, para una monografía o un ensayo, este de los niños de lluvia en la literatura chilena. Recoja usted la insinuación.

ni aquella... ¡Madre mía!
 ¡Cómo hallarte, si ignoro
 cuál eres? Te he buscado
 y al no encontrarte, lloro.

*Como un niño pequeño,
 lloro en mi desamparo.*

Niño de lluvia, niño irremediable, niño vitalicio, niño poeta, en la infancia, poeta niño en la madurez; bien ha sabido usted desentrañar el germen de su sino dramático en los sueños extraños que agitaban a Daniel, mientras la campana llamaba a incendio, y «moría la mariposa en grandes destellos, como batiendo terribles alas de sombra» (1). «Así son, dice usted, los sueños que tienen los niños de lluvia en su noche invernal. Ellos creen que esta noche no va a terminar nunca, que jamás serán «grandes»; marchan aprisionados en la infancia como está el padre muerto en su retrato» (2).

De esa infinita noche invernal ha surgido, sin duda, el libro interpretado por usted, y de ella también quizá las efusiones líricas que mi memoria, estimulada por la presencia del tema central que en todas ellas se repite, ha creído oportuno traer aquí a colación.

No tengo inconveniente en reconocerlo: la irrefrenable manía de asociar pensamientos y de invocar testimonios ha podido en mí más que el sentido de la medida, contrariado de modo patente por el coro babélico de citas que acompaña mis palabras. Su gusto ponderado encontrará a cada paso muchos otros motivos de reparo que a mí tampoco se me escapan del todo, y que, sin embargo, no he podido descartar.

En gracia de esta franqueza para confesar mis yerros, y

(1) Subercaseaux, «Niño de Lluvia».

(2) Alone: *Crónica Literaria*, («La Nación» del 8 de mayo).

de mi inexperiencia en los menesteres de la pluma, que conozco mejor a través de los otros que por personal ejercicio, sea usted benévolo con este torpe engendro de su amigo,

OSVALDO VICUÑA LUCO.

P. S.— Antes de despedirme en definitiva, permítame felicitarle a propósito de una evocadora lámpara de tulipas rosadas (¡oh!, la rosada aurora novecentista), que batía sus pesas colgantes «como badajos de terror», en el terremoto del año seis. La lámpara de Aladino no me hubiera producido tanto deleite. Ya sé que la lámpara no es suya, pero los badajos son de su fábrica.

Bien por ellos.